

◆ Capítulo 2

Hijas de perpetradores: la desobediencia elegida vs. la obediencia debida

Ana Ros Matturro

Cuando las leyes o amnistías que bloqueaban la justicia comenzaron a ser derogadas, evadidas o dejadas de lado, los juicios contra represores militares se aceleraron, dando paso al surgimiento de nuevos actores sociales en las luchas por la memoria en Argentina y Chile. Entre ellos se encuentran los hijos y familiares de los represores requeridos por la justicia y presos. En la medida en que los juicios avanzaban se podía escuchar, en ambos países, a los voceros de estas agrupaciones protestar públicamente contra las sentencias, reflatando la interpretación militar del golpe como guerra ganada y de las dictaduras como gestas heroicas (salvaron al país del caos y la destrucción, etc.) y refiriéndose a la búsqueda de justicia como “intento de venganza” y a las condenas como “abuso a los derechos humanos”.¹

En Argentina, por ejemplo, AFyAPPA (Asociación de Familiares y Amigos de los Presos Políticos de la Argentina) reivindica a los represores como “presos políticos” mientras exige que se revoquen/acorten las condenas y se refuercen las condiciones excepcionales en las que sus parientes cumplen sentencia. Con este movimiento se presenta a los perpetradores militares como víctimas del gobierno, sin mayor crimen que el de desafiar al sistema político con sus creencias y opiniones. Así, las violaciones a los derechos humanos, los crímenes contra la humanidad, el terrorismo de Estado y el genocidio desaparecen del accionar de sus familiares, de la identidad de sus descendientes, de la memoria y de la historia.²

Sin embargo, la centralidad de los juicios tuvo también otros efectos que llevarían a resultados opuestos a los buscados por estas agrupaciones de familiares y amigos. Por un lado, dicha centralidad volvió a corroborar la magnitud de los crímenes y, por otro, reabrió el tema del perpetrador militar y el ejército al público en general. De pronto, tras largos años de silencio habilitados por las legislaciones que obturaban la justicia, la posibilidad de preguntar

Generación Hijos: memoria, posdictadura y posconflicto en América Latina

Hispanic Issues On Line 30 (2023)

a los perpetradores sobre sus acciones y de escuchar de su propia boca lo que habían hecho se volvía real. Con ella, también se hacía real la posibilidad de comprender, finalmente, cómo los seres humanos podemos llegar a ser capaces de actos tan atroces. Asimismo, la aceleración de los juicios en Chile y Argentina llamó fuertemente la atención sobre continuidades con la época dictatorial en el presente y sobre los intentos de retroceso en los avances realizados en materia de justicia transicional y consolidación democrática. En este nuevo marco de justicia más justa, esos actos surgían como intolerables y llamaban a la congregación y a la protesta. Finalmente, el surgimiento de agrupaciones defensoras de padres y abuelos sentenciados por su participación en la represión creó la urgencia de expresarse y actuar en otros hijos y nietos que no se sentían representados por esas voces.

Así, en este contexto de cuestionamientos y posibilidades, comienza a perfilarse una nueva voz, extraña, que desafía las configuraciones tradicionales de las luchas de la memoria: la voz de los hijos, sobrinos y nietos de represores que repudian el terrorismo de Estado y el accionar de sus familiares durante las dictaduras militares. En Chile, este movimiento se visibiliza inicialmente por medio de documentales y en Argentina a través de la formación del colectivo Historias Desobedientes (en 2017), que dos años más tarde formaría la vertiente chilena.³ En Uruguay, si bien varios represores fueron juzgados (en el país o en países vecinos o europeos) y se encuentran cumpliendo sentencia, los juicios han enfrentado grandes obstáculos a nivel político. En este contexto más confuso, los familiares y descendientes de represores aún no se han organizado para expresar ni su apoyo ni su repudio y tampoco se han expresado artísticamente, aunque hay algunas excepciones.⁴

En este artículo analizo el primer documental chileno de la hija de un militar en servicio durante la dictadura y una selección de textos ficcionales y ensayísticos recogidos en el libro publicado por el colectivo Historias Desobedientes Argentina-Chile. En mi análisis, reflexiono sobre las contribuciones de estas nuevas voces a la construcción de la memoria colectiva de la dictadura, al estudio de la transmisión y a la interpretación del presente posdictatorial.

La odisea de Ulises: cuando la hija de un militar (se) pregunta

La odisea de Ulises, estrenada en el 2014, es el primer documental de la realizadora chilena Lorena Manríquez. Considerando que Manríquez vivió parte de su infancia y adolescencia bajo el régimen militar, la película podría situarse entre las producciones de los “hijos de la dictadura” que para ese entonces se venían posicionando fuertemente en el ámbito de la memoria colectiva, a través del cine y la literatura (Ros, *The Post-dictatorship* 6).

Al igual que muchos hijos e hijas de esta generación, al llegar a la madurez Manríquez toma la iniciativa de indagar en el silencio heredado para lograr una “transmisión activa” del pasado que le permita orientar sus perspectivas y decisiones en el presente (Ros, *The Post-dictatorship* 9). Tras alejarse de Chile con el propósito de continuar sus estudios en Estados Unidos, Manríquez comienza a familiarizarse con lo sucedido en su país durante la última dictadura y emprende una investigación sobre la historia y la memoria de ese período que, entre otras transformaciones, la lleva a dejar de lado la ingeniería para dedicarse a la realización de documentales. En *La odisea de Ulises*, Manríquez vuelve a Chile, a ese momento oscuro de la historia de su país natal, en busca de respuestas. Su búsqueda se sitúa en un espacio explícitamente biográfico —en términos de Leonor Arfuch— desde donde indaga la historia familiar, enfatizando el inevitable cruce entre la esfera pública y la privada que subyace a toda narración histórica.

Hasta aquí, el trabajo de Manríquez podría compararse con otras producciones anteriores de índole biográfico de la generación que creció en dictadura, como por ejemplo *Mi hermano y yo* (Gandara), *Volver a vernos* (Rodríguez), *En algún lugar del cielo* (Carmona), *Héroes frágiles* (Pacull), *Reinalda del Carmen, mi mamá y yo* (Giachino Torréns), *El edificio de los chilenos* (Aguiló), *Mi vida con Carlos* (Berger-Hertz) y *¡Viva Chile, mierda!* (Goycoolea). Al igual que estos trabajos, *La odisea de Ulises* presenta la exploración de los efectos del pasado dictatorial en la familia y en la vida de su realizadora. No obstante, hay un elemento que la singulariza dentro de este corpus: la directora no solo se posiciona como familiar de personas que sufrieron la violencia represiva, sino también como hija y pariente de personas que formaron parte del sistema represivo. Por un lado, el padre de Manríquez era dentista y oficial del ejército durante el régimen militar y un amigo muy cercano a la familia (considerado como un tío) era capitán. Por otro lado, otro tío, Ulises (quien da título a la película), fue perseguido y exiliado durante los años del régimen y un pariente lejano (por parte de la esposa de Ulises) se encuentra desaparecido.

Desconociendo la existencia de estos lados contrapuestos en su entorno más cercano, Manríquez creció en una familia nuclear de derecha, partidaria de Pinochet y, hasta el momento de emigrar, vivió relativamente ajena a los crímenes que estaban ocurriendo en el país. Su indagación familiar como adulta y documentalista implica, por lo tanto, una mirada inquisitiva y reflexiva a la historia de Chile y a la memoria colectiva, en diálogo permanente con la perspectiva de la derecha y del ejército. Si bien estos temas ya habían sido explorados en la producción cinematográfica desde los años 1990 y, dentro de ella, por realizadores que crecieron bajo dictadura —por ejemplo, *I Love Pinochet* (Said) y *La muerte de Pinochet* (Perut y Osnovikoff)—, ésta es la

primera vez que son tratados en un documental de corte biográfico.⁵ En otras palabras, *La odisea de Ulises* es el primer documental realizado por una hija de militar, en el que la documentalista entrevista a su padre sobre el pasado dictatorial desde una posición crítica del terrorismo de Estado. Considerando su narración y las preguntas formuladas a los distintos participantes, podríamos suponer que la motivación de la realizadora con relación a este proyecto giró en torno a varios puntos: la necesidad de conocer más profundamente qué había pasado en su país durante la dictadura; el anhelo de aprender qué pasó realmente con su tío Ulises y el deseo de entender cómo su padre pudo apoyar a un sistema autoritario, centrado en la crueldad.

Utilizo el término “apoyar” siguiendo el planteo de Hannah Arendt. Para la autora, toda participación en la vida institucional dentro de un régimen autoritario es una forma de apoyo (sea o no por deber de obediencia), ante la cual las únicas alternativas o formas de resistencia son mantenerse fuera de cualquier posición de responsabilidad o negarse a cumplir con las funciones asignadas, arriesgando así la vida (72–73). En este sentido, la película no intenta conocer lo que sucedió para asignar culpas, sino para entender las circunstancias y mecanismos que llevan a una persona normal a apoyar a un régimen deshumanizante. Este aprendizaje no es solamente válido para contextos dictatoriales ya que también en democracia se puede formar parte de sistemas que incurren, de manera más sutil y velada, en violaciones de los derechos humanos o socioeconómicos de ciertos grupos.

La decisión de realizar el documental fue para Manríquez sumamente difícil, dado que implica una doble desobediencia. La realizadora desobedece, por un lado, al identificarse con una posición política opuesta a la de su familia y, por otro, al romper con el implícito mandato de silencio que reinaba en su casa sobre lo tocante a la época dictatorial. Asimismo, su emprendimiento es sumamente audaz, ya que sabía que los hallazgos que surgieran durante la realización del documental podrían ser tan liberadores como dolorosos. De hecho, con esta clave de interpretación comienza la película. En la primera secuencia, la cámara avanza hacia una puesta de sol, símbolo de un final que es a su vez un nuevo comienzo, mientras la voz de la directora afirma: “Creí en Chile durante una época que muchos han querido enterrar. Nunca me imaginé que al intentar desenterrar los fantasmas del pasado mi vida iba a dar un vuelco radical que acabaría confrontando mis creencias de toda la vida y dividiendo mi propia familia” (Manríquez).

En este caso, al igual que en otros documentales autobiográficos posteriores sobre personas que se desempeñaron dentro del régimen militar, como *El pacto de Adriana* (Orozco) y *El color del camaleón* (Lübbert), la puerta de entrada al ejército es un individuo situado en la intersección de lo civil y lo castrense. Más concretamente, estas películas analizan casos de hombres y

mujeres que, si bien no fueron ideólogos o ejecutores principales de la represión, trabajaron para el ejército y sus dependencias durante la dictadura. Desde sus respectivas posiciones, los protagonistas de estos documentales tenían algún tipo de conocimiento de lo que estaba sucediendo, atestiguaban eventos vinculados a la represión y al cumplir con sus funciones sostenían, de algún modo, el andamiaje del sistema autoritario.

En *La odisea de Ulises*, esta intersección está claramente construida. Como señalé anteriormente, el padre de la directora es militar retirado, pero también era dentista. Si bien la sanidad militar es parte de los cuerpos comunes del ejército, muchas de sus ramas se nutren de profesionales formados en universidades civiles quienes, tras atravesar un estricto proceso de selección y adoctrinamiento, ingresan al ejército con el rango más bajo y continúan la carrera militar mientras ejercen su profesión médica. Estos profesionales también pueden desempeñarse fuera del ejército, en centros médicos civiles o en su práctica privada, pero aun así están sujetos a los códigos y estatutos militares.

Tal vez, debido a esta doble pertenencia vemos, a lo largo del documental, cierta ambivalencia en el padre de la directora, Javier Manríquez (J. M.), respecto a la lógica castrense que no está presente, por ejemplo, en las entrevistas realizadas al amigo de la familia (considerado como un tío), capitán del ejército en retiro. Hacia el final del documental, J. M. se muestra abierto a aceptar la información presentada por su hija que contradice su visión del golpe y hasta le confiesa que durante el régimen él cuestionó medidas represivas de sus pares militares, arriesgando así su carrera. Sin embargo, esos momentos de apertura y cuestionamiento coexisten con otros muchos, también a lo largo del film, en que J. M. expresa, con total convicción, ideas sobre el rol del ejército afines con el pensamiento articulado por los militares golpistas y admiración por Pinochet. En el 2006, en una llamada telefónica, J. M. le comunica a su hija, con gran pena, que “murió nuestro general que hizo grande a Chile en la América Austral” (Manríquez).

Esta contradicción también puede ser interpretada a la luz de las disyuntivas experimentadas por los profesionales de la salud durante la dictadura. Como afirma Horacio Riquelme, “las condiciones de miedo provocado por la guerra psicológica contra la propia población en los tres países [Chile, Argentina y Uruguay] situaron a menudo la praxis profesional en áreas de conflicto entre derechos humanos y ética profesional, en un contexto de amenazas institucionales y administrativas y de exigencias del aparato represivo estatal” (1). Las contradicciones en el pensar o entre actos y pensamiento pueden surgir como mecanismo de supervivencia ante el terror o como reflejo de la situación paradójica a la que los médicos estaban expuestos. En el caso de J. M. esto se ve agravado por el hecho de que su propia familia se había visto afectada y fracturada por el régimen, del cual, de alguna manera, él participaba.

Por tal motivo, el documental de Manríquez ofrece también una mirada a las fracturas ocurridas a raíz del golpe entre familiares de distinta ideología política. En familias de derecha, estas fracturas juegan un rol decisivo en el proceso de transmisión ya que dificultan el acceso de los hijos a narrativas opuestas a la perspectiva de sus padres. De este modo, los más jóvenes quedan expuestos a una interpretación monolítica del golpe hasta que las circunstancias los enfrenten a otras realidades. La película *Apgar II* (Leighton) aborda precisamente estas dinámicas de transmisiones en contextos de narrativas únicas. En el caso de Manríquez, probablemente la distancia de su familia impuesta por el viaje a Estados Unidos le permite conocer otros lados de la historia nacional: “Me parecía increíble que el héroe de mi infancia fuera ahora conocido como un malvado del nivel de Hitler” (Manríquez). Dicha distancia tal vez le permite también reconocer el silencio que la ha rodeado, palpar la fractura familiar y emprender otro viaje hacia el descubrimiento del pasado y la construcción de nuevos sentidos en el presente.

Como el título lo indica, el dificultoso regreso de su tío Ulises a casa, a su patria, tras largos años en el país de su exilio, es el puntapié inicial que llevará a Manríquez a emprender el viaje de conocimiento de la historia de su padre y de ella misma. Ulises era miembro de un partido que apoyó la candidatura presidencial de Allende. Durante el gobierno de la Unidad Popular (1970–1973), fue dirigente sindical del agro y colaboró con la implementación de la reforma agraria. Desde el momento del golpe, Ulises fue perseguido y gracias a contactos internacionales de la familia de su esposa logró viajar a Suiza, donde permaneció durante la dictadura y donde vivió durante treinta años hasta el momento de su jubilación.

Desde su juventud los hermanos Javier y Ulises tomaron caminos diferentes que los separarían gradualmente hasta terminar por conducirlos a lugares opuestos ideológica y políticamente. El carácter corporativo del ejército (centrado en una autovaloración superior con relación a la sociedad civil, a la que tiene la misión de guiar, y un fuerte sentido de comunidad), contribuye a profundizar esta distancia (Egaña Monsalve 3–4). Al respecto, J. M. afirma: “Ulises se transformó en fugitivo. Desconozco las razones por que lo perseguían porque yo no tenía esa relación de hermano político, sino que era una relación totalmente ajena a lo que yo hacía” (Manríquez). Tras el miedo y la ansiedad inicial de saberlo perseguido, en la casa de la directora se evitó activamente hablar del tema. “Siempre me quedé con la duda de qué le había pasado a mi tío Ulises”, afirma la voz en *off* de la directora recordando su infancia después del golpe, “[e]ra como si un pedazo de nuestra familia se hubiera perdido. Como una pieza extraviada de un rompecabezas, un puzle que quedó incompleto” (Manríquez).

Con el pasar del tiempo, sobrevino en la casa una nueva normalidad construida sobre el silencio; armoniosa, mientras nadie preguntara sobre el presente ni cuestionara el pasado. En muchos de los documentales de hijos de padres que sufrieron la represión dictatorial, el silencio de los adultos que los criaron se explica como producto del dolor, del deseo de protegerlos del sufrimiento y del miedo a volver a ser atacados. Como develará *La odisea de Ulises*, detrás del silencio reinante en la casa de los Manríquez también hay —salvando las diferencias con el sentir de las víctimas y sus familiares— una forma de dolor y miedo, combinada con el sentimiento de confusión y con la contradicción de ser parte de la institución que lo causa.

Manríquez recuerda que, después del golpe, ella sentía temor de los tanques y soldados con metralletas que circulaban por las calles y que sus hermanos se quejaban del toque de queda, pero muy pronto esas expresiones fueron silenciadas: “[e]n la casa no se habló más de política y mi papá nos prohibió criticar al régimen militar por miedo al servicio de inteligencia” (Manríquez). Como miembro del ejército, J. M. sabía que el sistema represivo estaba diseñado para llegar a todas partes, sin excepciones, incluso dentro de la misma institución militar. Años después, durante el rodaje del documental, ante las tensiones surgidas entre Ulises, recientemente retornado a Chile, y el resto de la familia, la realizadora les pregunta si prefieren que detenga su investigación, y su padre vuelve a referirse a este miedo como algo aún vigente. Rodeado de miembros de la familia que asienten al oír sus palabras, J. M. explica:

Hay un sistema de inteligencia del ejército, de las Fuerzas Armadas, en los grupos políticos que mandan. Mire, existe. Hay informaciones de todos los ángulos y esas informaciones se estudian y, entonces, si ven algo negativo, toman las medidas que... que ellos estimen, ¿me entiende? Usted ni siquiera se imagina quién está al lado suyo escuchándole sus opiniones. (Manríquez)

Esta preocupación (que resuena con los casos de espionaje militar descubiertos en el 2019) indica el éxito del régimen al utilizar el terror para romper los lazos sociales y crear una sociedad de individuos, o a lo sumo familias, aislados, concentrados en su propia seguridad y supervivencia, incluso dentro del ámbito militar.⁶ Según el sociólogo argentino Daniel Feierstein, este es un resultado típico de la realización de las prácticas estatales genocidas.

Ese temor que trasciende el momento del golpe y continúa acechándolo en el presente se reactiva cada vez que su hija o Ulises lo interpelan como ser humano (no como militar) acerca del pasado, y lo lleva a refugiarse en

narrativas justificativas del accionar represivo que cortan la posibilidad de profundizar el diálogo. Por ejemplo, tras dejar establecido que el gobierno de Salvador Allende fue lo peor que le pudo pasar a Chile, J. M. ofrece una opinión sobre el golpe acorde con la interpretación promovida por el ejército en aquel entonces y avalada por sectores de la derecha hasta hoy día: “Los militares, gracias a ellos, somos un país libre, somos un país progresista, somos un país de paz” (Manríquez). Esta opinión de J. M. se ve reforzada en el gesto de continuar izando la bandera chilena, cada año, en el aniversario del golpe.

Estas palabras y gestos, sin embargo, dejan en el olvido el miedo que sintió y aún siente, el dolor causado por el exilio de su hermano Ulises y la decepción sufrida cuando lo forzaron a jubilarse por cuestionar a sus superiores. Primero otros miembros de la familia y luego el mismo J. M. le cuentan a la realizadora que su pase a retiro fue una medida tomada a raíz de haber sugerido, en el contexto de una reunión, que se levantaran las penas de exilio para los chilenos que llevaban viviendo muchos años en el exterior (pensando en su hermano Ulises). “No pude llegar a la última etapa porque según los criterios de la época no correspondía que un oficial dentro de la unidad se expresara de esa manera” (Manríquez), explica. Según el relato de la hermana de la directora, tras su jubilación J. M. guardó con sumo cuidado los botones de su uniforme, adornados con el escudo nacional, como si se tratara de un bien preciado, a pesar de la dolorosa razón por la que ya no podía usarlo, a la que intenta dejar en el olvido.

El olvido lo salva tal vez de la crisis que supondría el reconocimiento de lo que significó la institución a la que perteneció y a la que apoyó desde su rol profesional, e intenta también así salvar a su hermano. En la fiesta de bienvenida de Ulises, J. M. le dice que es mejor olvidar lo que le pasó (su persecución y los años en el exilio): “Si es negativo lo que ha pasado, olvídense de lo negativo” (Manríquez). De igual manera, durante la filmación del documental, Manríquez se entera de que tiene un pariente lejano (por parte de la esposa de Ulises) desaparecido del que nunca se había hablado. “Su nombre era Eduardo Zúñiga y había sido músico y activista político. . . . Eduardo había desaparecido de Tres Álamos, otro centro de detención en Santiago que ahora, curiosamente, se había convertido en un centro de detención de jóvenes. . . . Su familia nunca más supo de él y mi familia había optado por olvidarlo” (Manríquez).⁷

El silencio y el olvido le permiten a J. M. preservar el sentido de orgullo y comunidad que por muchos años le proporcionó la pertenencia al ejército. Al comienzo de la película, Manríquez evoca un recuerdo de su padre que toca con este sentimiento. Mientras la cámara recorre fotografías en blanco y negro, su voz afirma: “[Él] me decía que Chile es la espada que cuelga del cinto de América, por su forma larga y estrecha y que está siempre lista para defendernos” (Manríquez). Paradójicamente, esta idea del ejército como único

defensor de la soberanía iba a ser central a la hora de abrazar la doctrina de seguridad nacional, de creciente influencia en los ejércitos latinoamericanos a partir de la Guerra Fría, y motor de las dictaduras del Cono Sur (Egaña Monsalve 9; Álvarez Veloso 2).

Ambos, J. M. y Ulises, eran hijos de una familia pobre, del campo. Cuando la realizadora visita con Ulises el vecindario donde sus abuelos vivían, el auto se queda atascado en un lodazal (los caminos no están pavimentados) y los vecinos que los ayudan los llevan a sus precarias viviendas para descansar. J. M. fue el primero en trasladarse a la capital para trabajar y estudiar. La pertenencia al ejército le ofreció inserción laboral, le dio una identidad (fuente de valor personal y autoestima) y la posibilidad de ascensión social.⁸ Cuando Ulises llegó a Santiago, siguiendo los pasos de su hermano mayor, el activismo representaba para muchos jóvenes de origen humilde una oportunidad de mejorar las condiciones de vida, no solo de ellos mismos, sino de su clase.

Sin embargo, la represión militar instauró el temor a la participación en proyectos colectivos y la desconfianza ante ellos. Este proceso se inicia por parte de las Fuerzas Armadas en el poder, con la criminalización de quienes habían apoyado la candidatura y el gobierno de Salvador Allende, desde partidos y movimientos políticos (Stern 5). La criminalización de políticos y activistas no solo funcionó como justificación para el asesinato y las violaciones de derechos humanos, sino que también promulgó el enfrentamiento entre chilenos, extendiendo la lógica bélica a todas las interacciones sociales. De este modo, cuando Manríquez intenta hablar con su padre sobre los abusos cometidos por el ejército durante el régimen, él recurre a estos dos elementos (criminalización y estado de guerra), cerrando nuevamente el tema.

L. M.: En este país, papá, se mató por ideales. Se mató a gente que no tenía armas. Se mató a gente de mano atada. Que eran comunistas, sí; a lo mejor eran comunistas, pero ¿por qué? ¿Por qué tratarlos así como los trataron y matarlos y tirarlos al mar?

J. M.: Estás muy equivocada...

L. M.: ¿Equivocada por qué?

J. M.: Equivocada, mijita, de que esa gente era inocente. Jamás lo fueron. No, no, no. Los comunistas, los *socialistoides*, los revolucionarios ¿eran inocentes? ¡Las miserias que pasaba nuestro país en esa época, antes de los militares! ¡Era espantoso, mi amor!

....

L. M.: Papá, se llevaron a mucha gente, había muchos centros de detención.

J. M.: Espérese... Se consideró como una guerra y en la guerra hay un principio que dice así: “Si no te matan, tú tienes que asesinar al enemigo antes de que te mate él”. (Manríquez)

A esta aparente incapacidad de J. M. de contactarse con el sufrimiento de muchos connacionales, incluyendo su propio hermano Ulises (quien pudiera haber sufrido el mismo trato inhumano que muchos otros “enemigos” del régimen) se suma su intento de encubrir a reconocidos perpetradores frente a su hija y la elección de mantenerse en contacto con ellos.

Durante la filmación, la realizadora descubre que un viejo amigo de la familia, encargado de la piscina a la que concurrían todos los veranos durante su infancia, es un perpetrador condenado. Para su asombro, también descubre que su familia aún tiene un vínculo con él: “No podía creer que mis papás siguieran siendo amigos de Marcelo Moren Brito, excomandante de Villa Grimaldi. Además, Moren Brito había participado en la Caravana de la Muerte, un comando del ejército que justo después del golpe viajó de norte a sur del país ejecutando a miembros de la Unidad Popular” (Manríquez). Muchos de los compañeros de Ulises hasta hoy desaparecidos habían estado detenidos en Villa Grimaldi, con lo que ese podría haber sido también el destino de su tío si se hubiera quedado en Chile. Cuando la directora le pregunta a su padre si sabe por qué llevaron preso a Moren Brito, él le responde que no. “¿Por qué mi papá no me quería contar nada? ¿Sería para protegerme o quizás por miedo?” (Manríquez), se pregunta. Nuevamente aparece el miedo como factor decisivo, pero esto ya no le alcanza para comprender la situación.

Su desconcierto ante las ideas, palabras, y acciones de su padre la llevan a intentar conocer más en profundidad la perspectiva de la que se nutren. Para ello, se sumerge en la parte militar de su posición como dentista militar y, por medio del amigo cercano a su familia (considerado tío), el capitán retirado Renán Ballas, logra entrevistar al general retirado Núñez Cabrera, oficial a cargo del asalto a La Moneda el día del golpe. La parte de la entrevista transcrita a continuación demuestra cómo, entre los altos mandos —donde la doctrina de Seguridad Nacional se hace propia, se pacta con otros sectores sociales y se impone—, el enfrentamiento ya no se trataba de una guerra, sino de una revolución a cargo del ejército:

Yo te quiero decir con breves palabras que Chile es hoy lo que es gracias a que aquí, desgraciadamente, ¿no es cierto?, hubo una situación de crisis que terminó en un pronunciamiento cívico-militar. Esto no fue “el golpe”, como se lo vendió, ni fue “el golpe y la dictadura”, como se lo vendió, porque, si hubiera sido un golpe y una dictadura, este país seguiría siendo

el mismo retrasado de su historia. Metieron en la mente que aquí hubo un golpe y una dictadura atroz: la más atroz de América Latina. Sí, hubo tres mil muertos en esta revolución que cambió todo el estado completo y lo dio vuelta: tres mil muertos. Pero cuando hay revoluciones, y que son de tal trascendencia, lamentablemente, hay muerte. Y hay muerte porque hay fuerzas que se oponen. (Manríquez)

Según esta perspectiva, las muertes (muchas precedidas de secuestro y tortura) son pocas con relación a los logros políticos del régimen; efectos colaterales de toda transformación social. Los muertos ni siquiera cuentan como personas, sino que son referidos en conjunto como “fuerzas que se oponen” (Manríquez). Quedan fuera, sin embargo, los treinta y cinco mil torturados y encarcelados, los mil ciento noventa y dos desaparecidos (incluidos entre los tres mil doscientos muertos), y los familiares de sobrevivientes y muertos marcados de por vida por la violencia.⁹ A nivel de los altos mandos, de los ideólogos del régimen, preponderaba con claridad la idea de que lo que hicieron no fue una guerra, sino la instauración de un nuevo sistema a través del *shock* y el terror.

Esta entrevista, reveladora de la normalización y minimización de la represión por parte de la oficialidad, genera en Manríquez un malestar aun mayor: si su padre estuvo activo durante el régimen, aún es amigo de perpetradores y defiende el accionar del ejército, ¿qué tan involucrado estuvo con la represión? La idea de la tortura se instala y con ella el miedo a saber: “Quizás era mejor no saber nada porque las dudas y el miedo me estaban ahogando” (Manríquez). Lo habla con su tío Ulises, para quien no existe justificación posible para lo que sucedió en Chile y considera a su hermano un cómplice de los hechos. Las implicancias de averiguar se hacen aún más graves ante la respuesta de Ulises: “yo no estoy de acuerdo con su manera de justificar un golpe de Estado, el crimen. Justificarlo significa sencillamente hacerse cómplice. Si yo supiera que mi hermano manchó sus manos con sangre de gente inocente en este país, de gente pobre de este país... Sería indigno de un ser humano hacerlo y mi actitud sería de un dolor muy muy profundo” (Manríquez).

La asfixia que le produce el no saber la impulsa a finalmente tener la conversación más difícil que hubiera podido tener con su padre:

L. M.: ¿Tú sabes que los nazis tenían dentistas que hacían torturas también?

J. M.: ¡Ah, no! Aquí no. Por lo menos que yo sepa.

L. M.: ¿Usted no torturó?

J. M.: No, jamás. Todo lo contrario, se iban felices con mi trabajo.

L. M.: ¿Ah, sí?

J. M.: Sí.

L. M.: ¿Usted ponía anestesia o sacaba dientes así nomás?

J. M.: No, mijita, por favor, mire, eso sería una cosa inhumana y yo no estoy en ese plan. . . . Yo estoy en un plan pacífico, en un plan ético, en un plan de no hacerle daño a nadie. Menos en mi país, pues. (Manríquez)

Después de este diálogo, su padre sube a su cuarto y desde el final de la escalera le dice a su hija: “La verdad, aunque severa, es amiga verdadera, . . . yo estoy por la verdad”, lo que ella interpreta como una forma de aprobar su proceso y su investigación. J. M. alienta la búsqueda de la directora, considera la tortura antiética e inhumana y había cuestionado la pena del exilio dentro del ejército. Sin embargo, atesora su pertenencia a la institución, justifica el régimen como una guerra contra enemigos, promueve el olvido y admira a Pinochet. Esta situación arroja luz sobre las dinámicas internas de la institución armada para bloquear el pensamiento crítico y facilitar el apoyo a los abusos cometidos durante la dictadura (por ejemplo, la existencia de una narrativa única, el miedo latente, la creación de comunidad a través de valores positivamente connotados como la patria o el heroísmo y de la oposición a un grupo construido como amenaza, etc.).

En un último intento de ayudar a resolver las contradicciones internas de su padre, hacia el final del documental, Manríquez le muestra los documentos desclasificados sobre la intervención de Estados Unidos en el golpe de Estado, y padre e hija culminan el intercambio con el siguiente diálogo:

L. M.: ¿Tú no sabías de la intervención de los Estados Unidos.

J. M.: Yo pensaba que era propaganda solamente. . . Yo jamás había visto esto. Algo había escuchado por los diarios y decía yo “¿Será agregado? ¿Será verdad?”. Pero esto indica que fue la verdad.

L. M.: Bueno, y ahora que tú sabes que esto es verdad, ¿tú cambias la opinión de Pinochet?

J. M.: Me cuesta eso, fíjate. . . (Manríquez)

Aceptar que Pinochet utilizó el terror, el sufrimiento, y la muerte del pueblo chileno para facilitar los intereses económicos de otro país y la clase alta chilena sería admitir que él también fue parte de ese esfuerzo y, por tanto, cuestionar su actuación personal y profesional, en cuanto parte del andamiaje que sostuvo el sistema represivo.

La película termina con una gran reunión familiar, con Ulises incluido (que había estado distanciado por un tiempo por las diferencias surgidas con la filmación de la película), para despedir a la realizadora que vuelve a Estados Unidos. Las tensiones no están resueltas, pero se los ve contentos de estar juntos a pesar de que, como observa Manríquez, es posible que ninguno de los dos lados vaya a cambiar nunca de opinión y que la fractura nunca se enmiende. “Parecía que mi papá y mi tío nunca iban a cambiar de opinión, pero lo más lindo es que sentí que, al final de cuentas, todos somos diferentes, pero también somos parte de un todo, somos piezas del puzzle que es nuestra familia” (Manríquez).

De ese modo, el documental ilumina las complejidades detrás de cada caso de apoyo y complicidad con la represión, los duraderos efectos del terror aun en miembros de la institución armada y los desafíos que todo esto supone a la hora de lograr una transmisión activa del pasado a las generaciones más jóvenes. Aunque la directora culmina la película con la idea de que tal vez todo seguirá igual entre quienes vivieron ese violento pasado como adultos, su aporte es testimonio de una transformación personal que invita a otros a unirse; a embarcarse en el difícil viaje de posicionarse frente al legado familiar y nacional, generando así nuevas historias de esperanza para transmitir a las generaciones futuras. “El sol ya se escondió y he despertado en otro mundo, solo me queda mi sueño, el sabor de arena y sal y un recuerdo de olas y mar” (Manríquez).

Historias Desobedientes: cuando las hijas de militares impugnan

A diferencia de Manríquez, las (mayoritariamente) hijas congregadas en el colectivo Historias Desobedientes tienen la certeza de que sus padres participaron activamente en la ideación o ejecución de la represión (secuestro, tortura, asesinato, desaparición) durante el régimen militar. La desobediencia en el caso de estas hijas consiste, por un lado, en “aceptar la responsabilidad del Padre en los más horribles crímenes, impugnarlo y delatarlo”, rompiendo así la lealtad supuesta por la filiación, y, por otro, en rebatir “el silencio y la sumisión como prácticas familiares y sociales” (Bartalini en Bartalini y Estay Stange 12). Como afirma María Laura Delgadillo en “Acción y reacción”, el silencio es una forma de apoyo y complicidad: “[A]cá no hay medias tintas, o apoyás el genocidio, o lo repudiás. O aceptás este difícil papel, o lo negás. O te oponés, o te convertís en cómplice” (Delgadillo en Bartalini y Estay Stange 48). La desobediencia del colectivo se transforma así en gesto político. El acto de romper con el legado paterno (“no somos quienes ellos querían que

fuéramos”) demuestra que todo cambio pensable es posible: “Somos personas vinculadas por el dolor y la postura crítica ante nuestros progenitores, pero también . . . por el deseo de transformarnos y transformar esta sociedad para que nunca más el Estado sea responsable de crímenes de lesa humanidad”, y para luchar contra las “nuevas variantes del horror” y las nuevas formas en que “la violencia, la impunidad y la represión reaparecen de modo constante e insistente” (Bartalini y Estay Stange 9).

Igual que en el caso de Manríquez, para ellas la transmisión del pasado estuvo rodeada de silencio. Al enterarse, principalmente a raíz de las citaciones judiciales, de lo que sus padres habían hecho, algunas se sorprendieron más y otras menos, pero todas atravesaron una dolorosa crisis seguida por la desafiante decisión de rechazar ese legado y transformarlo en algo enriquecedor para sus hijos (o las nuevas generaciones): “Esa deuda que heredamos, y no deseamos, la podemos transformar en algo bueno, para que cuando la reciban nuestros hijos, también herederos forzosos, no les llegue una historia de horror, sino una historia en la que triunfa la justicia” (Bartalini y Estay Stange 90). De este modo, si la apropiación de bebés durante la dictadura intentaba romper el legado de los detenidos a través de su propia descendencia, como forma de aniquilar sus ideas y proyectos, al cortar con el legado paterno dentro del mismo seno familiar, las hijas de Historias Desobedientes revierten ese gesto y se unen a la lucha contra el modelo de sociedad que el terrorismo de Estado intentó imponer. “Como dijo un afamado juez: ‘Somos la peor derrota de los genocidas’” (María Laura Delgadillo en Bartalini y Estay Stange 48).

También, al indagar en la dimensión “privada y humana de quienes perpetraron los crímenes más atroces” de la historia social argentina, los escritos del colectivo desafían la idea de que los genocidas fueron “monstruos”, permitiendo así analizar la perpetración del mal como una posibilidad de la que nadie está exento (Bartalini en Bartalini y Estay Stange 14). Como señalan las editoras del libro, sus padres se encuentran en distintas situaciones (“algunos condenados y encarcelados con sentencia firme, otros en prisión domiciliaria; algunos imputados, otros sin investigar, impunes...”), pero todos comparten el silencio sobre sus hechos o el destino de los desaparecidos y la falta de arrepentimiento (Bartalini en Bartalini y Estay Stange 16). Tras décadas de haberse dado a conocer los actos inhumanos cometidos durante la dictadura, como parte de un plan mayor, el silencio y la falta de arrepentimiento resultan incomprensibles para las hijas que intentan, por tanto, develar cómo se construye a un represor mientras transitan los desafíos de su propio proceso de heredar.

Uno de los factores recurrentes en sus reflexiones es el de la obediencia debida. Para las hijas e hijos que forman el colectivo la desobediencia ha tenido un alto costo: para la mayoría significó el rechazo y pérdida de parte de su

familia y para otros se sumó el dolor de cortar definitivamente con el vínculo paterno. Saben por experiencia propia que la desobediencia puede ser angustiante pero nunca tanto como las implicancias de la obediencia. Conocedoras del pensamiento de Arendt y Strauss, consideran la obediencia debida como facilitador, pero no como determinante del accionar represivo, ya que siempre existe la opción de desobedecer, aunque se corra el riesgo de morir, para aquellos capaces de prever la imposibilidad de vivir con las consecuencias de sus actos. Como afirma Lorna Milena en “Más sobre el miedo”:

Por más que te quieran manipular con lo que sea, si vos agarrás una picanca, o golpeás y maltratás a alguien, si violás, si torturás... no hay ninguna excusa que valga... ni obediencia debida, ni “me manipularon”, ni nada. Lo hacés porque podés hacerlo. . . . Vos te permitís hacerlo, invocando la excusa más convincente. (Milena en Bartalini y Estay Stange 69)

Incluso cuando la obediencia no está motivada por el deseo de sobrevivir sino por el de proteger a la familia, resulta insuficiente. Uno de los pocos hijos que participa del libro, Christian Baigorria, recrea en su relato “La casa incendiada” un diálogo con su padre sobre ese tema:

“Yo me hubiese negado de todos modos”, insistís calmo. “Hubiera subido a mi familia a un micro, hacia algún lugar seguro, después de despedirme de ellos quizás por última vez. Y después me hubiese negado a hacer algo en contra de mis convicciones, sabiendo que el día de mañana, mi hijo al mirar una foto mía estaría orgulloso de su padre”. (Baigorria en Bartalini y Estay Stange 38–39)

Nuevamente, a modo de reversión, mientras muchos hijos de desaparecidos resentían, al inicio de su proceso de transmisión, la decisión de su padre o madre de arriesgar su vida por un proyecto político, este hijo hubiera preferido tener un padre muerto antes que uno vivo, cuya obediencia habría permitido la realización de un proyecto genocida.

El adoctrinamiento y la formación militar se identifican como factores clave en la construcción de individuos capaces de obedecer y vivir con las consecuencias de sus actos. Como reflexiona Milena:

[E]l “otro” es el infrahumano que no merece piedad. Eso se lo van metiendo en el cerebro, con la instrucción. Porque, como ellos resistieron, pudieron terminar la instrucción, son “más hombres” que cualquier “otro”. Con la instrucción, también, les meten el miedo. Porque a ellos, a los hombres de gran valor, los amenaza el enemigo. (Milena en Bartalini y Estay Stange 69)

Milena extiende esta reflexión al presente, en el que una vez más las Fuerzas Armadas y policiales se encuentran en las calles reprimiendo protestas, matando, y haciendo desaparecer. Esta conexión con el pasado indica que a menos que haya un cambio en la institución, las violaciones a los derechos humanos se seguirán repitiendo: “Y vos, que estás ahora en servicio, que este año, 2017, estás por ahí golpeando gente. Fijate, te estás convirtiendo en un genocida. Vas a ser futuro dolor, vergüenza y culpa de tu hijo, tu hija... Fijate, pasado el primer muerto, no hay retorno” (Milena en Bartalini y Estay Stange 70).

La idea de “ser más hombre” presentada por Milena introduce otros factores interconectados que también juegan un rol importante en la construcción de un represor/genocida: masculinidad, patriarcado y capitalismo. El modelo de masculinidad imperante (violento, insensible, intransigente) y el sistema patriarcal que lo sostiene, centrado en la opresión de otros, entendidos como inferiores, desde el ámbito más íntimo, sientan las bases para el desarrollo de regímenes represivos.⁹ Como recuenta Milena:

Con eso crecí, con el conocimiento de que era la gran desilusión de mi padre por ser mujer. La culpa de ser la gran desilusión de mi padre. Porque una mujer no sirve para nada más que para “tener hijos” . . . Mi función en la vida era, a lo sumo, ser maestra, si quería estudiar; y, obviamente, tenía que casarme con un milico”. (Milena en Bartalini y Estay Stange 62)

Asimismo, el modelo patriarcal va de la mano con el sistema económico que el régimen favoreció y con el tipo de interacciones que suscita. Como afirma Furió, el patriarcado es “la ideología insigne del sistema capitalista, generadora de todo tipo de violencias, muy especialmente contra el cuerpo de las mujeres” (Furió en Bartalini y Estay Stange 51).

En entrevistas a las hijas e hijos, previas a la publicación del libro, aparecen factores adicionales que arrojan luz sobre los procesos habilitadores de la violencia y la crueldad exhibida por los represores/genocidas. Estos son la valoración de la ejecución de la tarea desconectada de sus implicaciones, la

lealtad hacia los compañeros de armas, la escisión o clivaje y la complicidad de la familia militar. El caso del padre de Analía Kalinec aporta ejemplos de varios de estos factores.

Eduardo Kalinec fue condenado a cadena perpetua en 2010 por su participación en secuestros y tortura en los centros de detención clandestinos Atlético, Banco y El Olimpo. Proveniente de una familia de clase media con dificultades económicas, Kalinec abandonó el secundario y con poco más de veinte años, alrededor de 1973, entró a la Policía Federal Argentina donde llegó luego a ser comisario (Tebele). Si bien no era quien daba las órdenes en los centros clandestinos, la implacable crueldad con la que las ejecutaba lo llevó a ser conocido como uno de los represores más temidos entre los detenidos. Kalinec siempre negó las acusaciones que sobrevivientes y familiares hicieron en su contra. Sin embargo, una vez, ya en la cárcel, ante las insistentes preguntas de su hija, le respondió: “¿Cómo no ponerle una picana a un tipo que sabés que tiene información?”. Estas palabras resuenan con la noción de Zygmunt Bauman de “moralización de la tecnología”, propia de los sistemas autoritarios burocráticos, basados en la división de funciones y cadena de mando. Esta apunta a evitar dilemas morales en los subordinados, desplazando el juicio de la acción realizada (significado, consecuencias) a cómo fue realizada, o sea, qué tan bien se ajustó a las reglas de la organización y a las expectativas de sus supervisores (Bauman 161). Para el temido Doctor K, como se lo conocía en los centros de detención, la crueldad era solamente una herramienta de trabajo y una forma de fortalecer el vínculo con sus superiores y pares dentro del grupo que ostentaba el poder.

Además, en situaciones generadoras de conflicto interior, como las provocadas por los actos represivos, el vínculo entre represores puede volverse aún más fuerte. Como afirma Bauman, la separación física o el aislamiento de la víctima implica la proximidad de los victimarios: “Physical closeness and continuous co-operation tends to result in a group feeling, complete with the mutual obligations and solidarity it normally brings about” (Bauman 156) (La cercanía física y la constante cooperación tienden a producir un sentimiento de grupo, fortalecido por las obligaciones y la solidaridad mutua derivadas de él [traducción mía]). Incluso, en algunos casos, la solidaridad y lealtad tienen raíces más profundas que se entrelazan con el miedo. Por ejemplo, en una entrevista para la prensa, Walter Docters, hijo de Roberto Docters (policía bonaerense de la división de Arquitectura que trabajó con Miguel Etchecolatz, represor condenado, en el diseño de los centros de detención), recuerda: “Él era de ideología nazi y yo militaba en el ERP, pero él logró que no me mataran . . . Mi padre se murió discutiendo conmigo . . . Me decía ‘tú tienes tus compañeros, yo los míos’. Ellos te mantuvieron con vida, cumplieron, yo no voy a ir contra los muchachos” (Cué y Centenera). El hecho de que sus pares podrían

haber matado a su hijo (como mataron a muchos otros hijos) no produce en él concientización sobre el horror de la represión ni deseo de prevenirla, sino que, por el contrario, le genera una deuda de gratitud con los propios represores. Esto demuestra la complejidad del vínculo forjado en la disciplina, la violencia, el sentimiento de superioridad, el odio a otros y el miedo.

Aun así, para muchas hijas e hijos estos factores no son suficientes para comprender el obstinado pacto de silencio y la falta de arrepentimiento de sus padres, tras haber tenido cuarenta años para recapacitar. Analía Kalinec se aventura a pensar que estos comportamientos pueden ser estrategias inconscientes para “preservar el propio aparato psíquico y la propia salud mental ante el reconocimiento de lo indecible” (Kalinec en Bartalini y Estay Stange 24). A diferencia de otras hijas e hijos del grupo con padres distantes o violentos, Kalinec tenía un vínculo de cariño con su padre, lo que hace aún más desafiante el intento de comprensión de sus acciones. En una entrevista anterior a la publicación del libro se pregunta: “¿Cómo puedo hacer para unir en la misma persona a mi papá y al Doctor K?” (Rosli). Según Kalinec, en casos como el de su padre, el represor logra crear en torno a su familia “una burbuja de respeto y afecto al abrigo del horror en el cual una parte de él vive sumergida”, por medio del clivaje, “término psicoanalítico que designa la coexistencia inconsciente en el mismo sujeto de dos tendencias contradictorias” (Kalinec en Bartalini y Estay Stange 113). Sin embargo, según testimonio de la hermana menor de su padre, la tendencia a la crueldad ya existía en él desde su infancia, cuando jugaba a ponerle la cabeza dentro de un balde de agua hasta verla desesperarse (Rosli). Tal vez en una situación extrema, dicha tendencia se profundizó al punto de ya no poder combinarse con el resto de su vida.

Este mismo mecanismo de clivaje, pero “lúcido y asumido”, le permite a hijas e hijos como Kalinec romper con el pacto de obediencia para, como explica, “dejar al niño que uno fue querer al padre, mientras el ciudadano consciente que uno es condena al criminal” (Kalinec en Bartalini y Estay Stange 113). Cuando las hijas e hijos no realizan este proceso de clivaje consciente, se transforman en cómplices, lo que se intensifica cuando además son parte de la familia militar/policial. En la entrevista anterior al libro, Kalinec señala la red de apoyo/complicidad generada por la inclusión de familiares directos a las instituciones represivas como facilitadora del silencio y la negación. En su caso, dos de sus hermanas son policías: “Fijate cómo son las cosas: a las dos las metió mi viejo —se resigna Analía— y es como un clan. Yo quiero sacar a mis hijos de ahí” (Rosli). Y logró sacarlos, a pesar del dolor que eso aún le causa y de haber sido desheredada por su padre, quien le interpuso una demanda civil por indigna para evitar que heredara los bienes de su madre fallecida hace unos años (Tebele). Su hijo menor de diez años, al momento de la publicación de *Escritos Desobedientes*, había visto a su abuelo una sola

vez, brevemente, durante el funeral de su abuela, cuando tenía siete años. Al respecto, Analía Kalinec escribe:

Me contó que aquella vez su abuelo le dijo algo que no podía recordar . . . o sí: le dijo que lo quería y que le gustaría conocerlo más. Le pregunté qué le diría si pudiera hablar con él... “Le preguntaría por qué fue policía con los militares y por qué torturó personas”. Ahí, lloramos los dos. (Kalinec en Bartalini y Estay Stange 28–29)

Conclusión: un aporte inesperado e imprescindible

Las hijas de perpetradores o colaboradores militares que cuestionan y repudian las acciones de sus padres son uno de los últimos actores en emerger en el escenario de la memoria colectiva de la dictadura, en Chile y en Argentina. En forma de documental, como en el caso de la chilena Lorena Manríquez, o de ensayos y ficción, como en el caso de las hijas e hijos argentinos que participan en *Escritos desobedientes*, sus voces son un aporte imprescindible a la memoria colectiva del régimen y a los estudios de transmisión intergeneracional. Demuestran que es posible romper con el legado familiar, transformarse y transformar la realidad que las y los rodea, a pesar de la confusión y el dolor que depara esa elección. Arrojan luz sobre los procesos y contextos que habilitan el surgimiento y accionar de represores y genocidas. Conectan pasado y presente advirtiendo que la justicia cada vez más “justa” (sin excepciones) ayuda a acercarse al nunca más, pero no es suficiente para garantizarlo. Para asegurar que el horror no se vuelva a repetir es necesario un cambio en las fuerzas militares y policiales, en la ideología imperante, y en el sistema económico vigente. Recordar es un acto de lucha constante contra todas las formas de abuso, la violencia, la opresión y el olvido. Es también un acto de transmisión que construye sentidos desde las contradicciones e incomprensiones de quienes participaron como adultos de los años más cruentos de la historia nacional.

Notas

1. Otros ejemplos de estas agrupaciones en Argentina son Argentinos por la Memoria Completa (2001) y su revista *B1 Vitamina para la Memoria de la Guerra en los '70*, el

Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas (2006), la Asociación de Familiares y Amigos de Víctimas del Terrorismo en Argentina (AFyAVita) e Hijos y Nietos de Presos Políticos (2008), llamada Puentes para la Legalidad desde 2015. Por más información acerca de estas agrupaciones ver Salvi, Arcomano y Grinchpun. Algunos ejemplos en Chile son las agrupaciones No están solos: Familiares y Amigos de Militares Presos en Punta Peuco (2015) e Hijos y Nietos de Prisioneros del Pasado (2016).

2. Para un análisis exhaustivo de las estrategias y argumentos utilizados por estas agrupaciones para deslegitimar los juicios y obtener mejores condiciones para sus familiares cumpliendo sentencias, ver Salvi y Goldentul.
3. Para más información sobre estas agrupaciones, ver Zylberman y Fossa.
4. Por ejemplo, en el 2020, Diego Garcíacelay, participó en un proceso judicial contra su padre (coronel retirado en prisión), aportando testimonios valiosos para comprender cómo han operado las Fuerzas Armadas (Haberkorn). Al año siguiente, durante la conmemoración del 48 aniversario del golpe de Estado uruguayo en París, se manifestó el hijo de un represor uruguayo, a través de una carta leída por una de las integrantes de Historias Desobedientes-Chile. Este primer hijo desobediente de represor uruguayo tenía treinta y cinco años, nunca había vivido en Uruguay y residía en Chile, donde el apoyo de las agrupaciones de familiares argentinos y chilenos en su misma situación lo impulsaron a romper el silencio y a ofrecer su testimonio (Gatti). Al poco tiempo, tras la muerte de su padre, las hermanas Irma y Ana Laura Gutiérrez se vincularon a Historias Desobedientes y hoy día encabezan la sección uruguaya de dicha agrupación. Al presente (2023), la misma cuenta con tan solo cuatro integrantes, dos de los cuales prefieren guardar el anonimato por “miedo a exponerse”. Como afirma Verónica Estay en una entrevista, “el número de desobedientes habla del grado de memoria de una sociedad. En Argentina superan el centenar; en Chile, la decena. Hay una diferencia. En Uruguay todavía estamos en pañales” (Gatti).
5. Para un estudio pormenorizado de la trayectoria del tema del perpetrador en el cine chileno antes y después de la *Odisea de Ulises*, ver Jara y Lazzara.
6. Los casos de espionaje militar descubiertos en el 2019, “Operación W” y “Operación Topógrafo”, utilizaban técnicas y métodos de la dictadura. Para más información, ver Jofré.
7. Según información oficial, Tres y Cuatro Álamos recibió la mayor cantidad de presos políticos durante la dictadura (seis mil aproximadamente), de los cuales muchos eran luego reubicados en otros centros. Si bien el sitio se declaró monumento histórico en 2012, no se aprobó el pedido de la agrupación de exdetenidos del lugar de utilizar el terreno para construir un parque para la paz (CMN). Como la realizadora sugiere, el acto de convertir el ex centro de detención en un centro de detención de menores representa un intento de prolongar el proyecto disciplinador de la dictadura. El mismo consiste en controlar, a través de instituciones regidas por la obediencia y el castigo (como el servicio militar), a jóvenes pobres, en cuanto grupo proclive a reconstruir los vínculos solidarios y contestatarios que sustentan los intentos de cambio social.

8. Según Timothy Williams, la identidad social y las dinámicas que se producen dentro del grupo de pertenencia (obediencia, presión de pares, temor a ser excluido o a perder estatus, etc.) son algunas de las categorías que explican las motivaciones del perpetrador.
9. Según datos del Observatorio de Justicia Transicional (Hau).
10. Para otras reflexiones complementarias sobre el tema de la masculinidad en el ejército chileno a través de documentales ver Ros, “El Mocito” y Ros Matturro, “El soldado”.

Obras citadas

- Aguiló, Macarena (dir.). *El edificio de los chilenos*. Bélgica, Chile, Francia, Cuba: coproducción Aplaplac, Les Films d’Ici, ICAIC, 2010.
- Álvarez Veloso, David. *Fuerzas Armadas en Chile: entre la configuración de nuevos roles y la normalización de las relaciones cívico-militares*. Informe final del concurso “El papel de las fuerzas armadas en América Latina y el Caribe”, Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), 2004. 1–36.
- Arcomano, Raúl. “Los centuriones de la ‘memoria completa’”. *Crisis*, 3 de marzo de 2017. Web. 5 de julio de 2021.
- Arendt, Hannah. *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Arfuch, Leonor y Christina MacSweeney. *Memory and Autobiography: Explorations at the Limits*. Cambridge: Medford, 2020.
- Bartalini, Carolina y Verónica Estay Stange (eds.). *Escritos desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*. Buenos Aires: Editorial Marea, 2018.
- Bauman, Zygmunt. *Modernity and Holocaust*. Cambridge: Polity Press, 1989.
- Berger-Hertz, Germán (dir.). *Mi vida con Carlos*. Chile, España: coproducción Cinedirecto Producciones y Todo por las Niñas, 2010.
- Carmona, Alejandra (dir.). *En algún lugar del cielo*. Chile: producción Parox S. A., 2003. CMN. “Tres y Cuatro Álamos”. *Consejo de Monumentos Nacionales de Chile*. 9 de febrero de 2021. Web. 5 de julio de 2021.
- Cué, Carlos E. y Mar Centenera. “No en mi nombre: hijos de torturadores argentinos repudian a sus padres”. *El País*, 9 de julio de 2017. Web. 5 de julio de 2021.
- Egaña Monsalve, José Sebastián. *La profesionalización militar y la democracia chilena de inicios del siglo XIX. Una aproximación a la cultura política de los militares*. CLACSO, 2004. 1–38. Web. 5 de julio de 2021.
- Feierstein, Daniel. *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina: hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las relaciones sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Fossa, Lissette. “Hijos de criminales de la dictadura se organizan para buscar verdad y justicia”. *Interferencia*, 7 de julio de 2019. Web. 5 de julio de 2021.
- Gándara, Sergio (dir.). *Mi hermano y yo*. Chile: producción Parox S. A., 2002.

- Gatti, Daniel. “Todos dañados”. Brecha. 6 de agosto de 2021. Web. 7 de marzo de 2022.
- Giachino Torréns, Lorena (dir.). *Reinalda del Carmen, mi mamá y yo*. Chile: producción Lorena Blas y Paola Castillo, 2006.
- Goldentul, Analía. “Surgimiento y transformaciones de la agrupación ‘Hijos y Nietos de Presos Políticos’ en Argentina (2008–2016)”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales* 76 (2017): 140–164.
- Goycoolea, Adrián (dir.). *Viva Chile mierda*. Chile: producción Adrián Goycoolea, 2014.
- Grinchpun, Boris Matías. “Por una memoria completa. Revisionismo del Holocausto y del terrorismo de estado en Argentina (1945–1990)”. *Iberoamérica Social* 3.2 (2018): 35–57.
- Haberkorn, Leonardo. “Militares ocultan la verdad sobre crimen de la dictadura, denuncia hijo de coronel preso”. *El Observador*, 17 de diciembre de 2020. Web. 5 de julio de 2021.
- Hau, Boris. “Chile: Veinte años de juicios de derechos humanos”. Ponencia presentada en LASA 2018. XXXVI Congreso Internacional “Estudios Latinoamericanos en un Mundo Globalizado”. Barcelona, 23 de mayo de 2018.
- Jara, Daniela. “Remembering perpetrators through documentary film in post-dictatorial Chile”. *Continuum Journal of Media & Cultural Studies* 34.2 (2020): 226–240.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.
- Jofré, Camilo. “Se destapa el libre espionaje del Ejército de Chile”. *La Izquierda Diario*, 12 de agosto de 2019. Web. 5 de julio de 2021.
- Lübbert, Andrés (dir.). *El color del camaleón*. Bélgica, Chile: coproducción Blume, Mollywood y Off World, 2017.
- Lazzara, Michael. “Familiares de colaboradores y perpetradores en el cine documental chileno”. *Atenea* 521 (2020): 231–248.
- Leighton, Cristián (dir.). *Apgar II*. Chile: producción Surreal, películas de la Realidad, 2003.
- Manríquez, Lorena y Miguel Picker (dirs.). *La odisea de Ulises*. Estados Unidos: producción Andes Media, 2014.
- Orozco, Lissette (dir.). *El pacto de Adriana*. Chile: producción Salmón Producciones y Storyboard Media, 2017.
- Pacull, Emilio (dir.). *Héroes frágiles*. Chile, Francia: producción Jean Bigot, 2007.
- Perut, Bettina e Iván Osnovikoff (dirs.). *La muerte de Pinochet*. Chile: producción Perut + Osnovikoff, 2011.
- Riquelme, Horacio. “Ética profesional en tiempos de crisis. Médicos y psicólogos en las dictaduras de América del Sur”. *Polis. Revista Latinoamericana* (2004): 1–21.
- Rodríguez, Paula (dir.). *Volver a vernos*. Chile: producción MaJa Filmproduktions, 2002.
- Ros Matturro, Ana. “El soldado que no fue: interrogando el ejército, la obediencia debida y el nunca más”. *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural* 15 (2020): 97–120.
- Ros, Ana. “El Mocito: A Study of Cruelty at the Intersection of Chile’s Military and Civil Society”. *Genocide Studies and Prevention. An International Journal* (2018): 107–122.
- . *The Post-dictatorship Generation in Argentina, Chile, and Uruguay. Collective Memory and Cultural Production*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012.

- Rosli, Jimena. "Reportaje a la hija del represor Eduardo Kalinec: ¿Vos qué hiciste en la dictadura papá?", *Colectivo Ex Presos Políticos y Sobrevivientes - Rosario*, 27 de diciembre de 2009. Web. 5 de julio de 2021.
- Said, Marcela (dir.). *I Love Pinochet*. Chile, Francia: producción Imago y Pathé doc, 2001.
- Salvi, Valentina. "Derechos humanos y memoria entre los familiares de represores en la Argentina". *Papeles del CEIC, International Journal on Collective Identity Research* 2 (2019): 1–14.
- Stern, Steve. *Reckoning with Pinochet: The Memory Question in Democratic Chile, 1989–2006*. Durham: Duke University Press, 2010.
- Tebele, Fernando. "Si mi padre hoy tuviera una picana, no dudaría en torturarme". *AnRed. Agencia de Noticias Red Acción*, 21 de febrero de 2020. Web. 5 de julio de 2021.
- Williams, Timothy. *The Complexity of Evil: Perpetration and Genocide*. Nuevo Brunswick: Rutgers University Press, 2020.
- Zylberman, Lior. "Against Family Loyalty: Documentary Films on Descendants of Perpetrators from the Last Argentinean Dictatorship". *Continuum Journal of Media & Cultural Studies* (2020): 241–254.

Ros Maturro, Ana. "Hijas de perpetradores: la desobediencia elegida vs. la obediencia debida." *Generación Hijes: memoria, posdictadura y posconflicto en América Latina*. Eds. Carolina Añón Suárez y Ana Forcinito. *Hispanic Issues On Line* 30 (2023): 27–49.
